

HERMANO ¡PREDIQUE LA PALABRA!

El predicar es muy apreciado en las Escrituras. El apóstol Pablo declaró: "Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación" (1 Corintios 1:21). Deberíamos considerar que los hombres son salvados "por la locura de la predicación," no por "la predicación de locuras." La American Standard Version (1901) señala en una nota a pie de página que el hombre es salvado por "lo predicado," esto es, por el mensaje, del Evangelio de Cristo. Mas tarde en el mismo libro, el apóstol habla del Evangelio "por el cual también sois salvos" (1 Corintios 15:1-2. LBLA). La "locura de la predicación" indica que los hombres consideran la predicación como una tontería, sin embargo, Pablo declara "Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres" (1 Corintios 1:25). La predicación del Evangelio es parte de la sabiduría de Dios.

Después de su resurrección y poco antes de su ascensión al Padre, Jesús anunció la comisión a sus discípulos, diciendo, "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura" (Marcos 16:15). Se nos dice que "saliendo, predicaron en todas partes" (Marcos 16:20). En Lucas, Jesús proclamó: "Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se PREDICASE en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lucas 24:46-47, énfasis añadido). La predicación es parte del plan de Dios.

En el primer día de Pentecostés después de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo (Hechos 2:1), Pedro se puso de pie delante de la multitud reunida y "alzó la voz" (Hechos 2:14). Dijo, "Varones israelitas oíd estas palabras" (Hechos 2:22). Cuando llegó a la conclusión de su declaración, afirmó: "Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo" (Hechos 2:36). La audiencia se conmovió tanto por la predicación de Pedro y de los otros apóstoles que preguntaron, "Varones hermanos, ¿qué haremos?" Pedro acababa de culparlos por la muerte del Hijo de Dios; se afligieron en lo más profundo de sus almas; que querían saber lo que debían hacer para librarse de su estado pecaminoso. Pedro les respondió, "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos 2:38). Se nos dice que los exhortó "con otras muchas palabras" (Hechos 2:40). El resultado, "Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados y se añadieron aquel día como tres mil personas" (Hechos 2:41). La predicación del Evangelio mueve a los hombres.

Pablo y Bernabé regresaron a muchos de los lugares donde habían predicado el Evangelio y confirmaron los ánimos de los discípulos y los exhortaban "a que permaneciesen en la fe" (Hechos 14:22). Pablo reunido con los discípulos en Troas les PREDICÓ (Hechos 20:7). Les escribió a los santos en Roma (Romanos 1:7), y les anunció, "Hasta donde me sea posible, pues, estoy pronto a PREDICAR el evangelio a vosotros también que estáis en Roma" (Romanos 1:15, VM énfasis añadido). Los hombres no solo eran salvos por la predicación del Evangelio, sino como hijos de Dios también eran confirmados y cimentados en la fe. La predicación fortalece y edifica al hijo de Dios.

Grandes predicadores en la Biblia

Isaías el profeta proclamó la Palabra de Dios con tal poder que el pueblo le gritaba,

“No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras” (Isaías 30:10). A Miqueas la gente le respondía, “No profeticéis, dicen a los que profetizan” (Miqueas 2:6). Israel se hizo tan corrupto que “a los profetas mandasteis diciendo: No profeticéis” (Amós 2:12). Los predicadores no siempre tienen que predicar cosas “suaves” que a la gente le gusta oír, no obstante los hombres de Dios deben tener el valor de hablar la Palabra del Señor, llamar a los hombres al arrepentimiento y a entregar el mensaje que cambiará vidas y salvará a las almas.

Uno de los más grandes profetas del Antiguo Testamento fue Micaías el hijo de Imla. Acab, el impío rey de Israel, deseaba tomar a Ramot de Galaad de la mano del rey de Siria (1 Reyes 22:1-3). Trató de buscar ayuda del Josafat, rey de Judá, pero Josafat quería saber si esta era la voluntad del Señor. “Yo te ruego que consultes hoy la palabra de Jehová” (1 Reyes 22:5). Acab reunió a su clan de profetas, alrededor de cuatrocientos y les preguntó, “¿Iré a la guerra contra Ramot de Galaad, o la dejaré? (1 Reyes 22:6). Debemos imaginar la escena y recordar que estos eran profetas que querían agradar al rey. Querían decir lo que el rey deseaba escuchar. Todavía hay predicadores como los profetas de Acab. Como el pueblo en los días de Isaías querían “cosas halagüeñas,” y “mentiras” así también hay en nuestros días que quieren escuchar una predicación cómoda y de respuestas fáciles. Los “profetas profesionales” reunidos por Acab dieron la respuesta deseada: “Sube, porque Jehová la entregará en mano de rey” (1 Reyes 22:6).

Ahora, sucede aquí una cosa interesante. Josafat aparentemente comenzó a sospechar. Quería saber la Palabra del Señor, pero aquí estaban cuatrocientos profetas reunidos y que daban exactamente la respuesta que Acab quería. Todos los cuatrocientos estaban de acuerdo. Así que Josafat preguntó, “¿Hay aún algún profeta de Jehová, por el cual consultemos?” (1 Reyes 22:7). ¿No es sorprendente? Josafat no pidió cuatrocientos profetas, o cien o diez, sino solo un “profeta de Jehová.” Un profeta de Jehová significaba más que cuatrocientos profetas profesionales que eran influenciados para hablar al antojo del rey. El rey Acab respondió que había efectivamente otro profeta—Micaías hijo de Imla—pero dijo, “más yo lo aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal” (1 Reyes 22:8). El reconocimiento de Acab deja claro que él no deseaba en realidad la Palabra de Dios; en su lugar, simplemente buscaba la justificación para lo que quería hacer. ¿Cuántas veces la gente acude al predicador para que les de luz verde para andar en caminos desobedientes o pecaminosos? ¿Cuántas veces la gente evita al predicador que habla la verdad y les dice lo que de hecho necesitan escuchar? La naturaleza humana sigue igual, incluso en los días de Acab, rey de Israel.

Josafat, rey de Judá, quería escuchar a este profeta que Acab aborrecía, y le fue enviado un mensajero a Micaías. El mensajero fue muy honesto con Micaías y le explicó lo ocurrido. “He aquí las palabras de los profetas a una voz anuncian al rey cosas buenas; sea ahora tu palabra conforme a la palabra de alguno de ellos y anuncia también buen éxito” (1 Reyes 22:13). En efecto, le dijo a Micaías: “Esta es la situación. Todos los profetas han profetizado justo lo que el rey quería escuchar. Han dicho buenas cosas. Si sabes lo que es bueno para ti, dirás lo mismo que ellos dijeron.” En este punto, Micaías pronunció uno de los más importantes principios encontrados en la Palabra de Dios. Dijo: “Viva Jehová, que lo que Jehová hablare, ESO DIRÉ” (1 Reyes 22:14, énfasis añadido). Micaías era un varón de Dios. No prometió que hablaría palabras que agradaran al rey, sino hablaría lo que el Señor le revelaría. Esta es la esencia de la verdadera predicación. No buscamos ofender a la gente; nadie debería ser franco o hablar sin rodeos si no es necesario; pero una cosa no podemos hacer—¡no podemos suavizar el mensaje de Dios!

Micaías habló la verdad a Acab, y la Palabra del Señor sucedió (1 Reyes 22:30-36). Algunas veces vemos la frase “En memoria de mí” grabadas en la mesa que se utiliza para la Cena del Señor. Con frecuencia pienso que si algunas palabras se grabaran en el púlpito, deberían ser las palabras de Micaías en 1 Reyes 22:14.

El encargo de Pablo a Timoteo

Así como Jesús concluyó su ministerio terrenal con el encargo de predicar el Evangelio a toda criatura, así la despedida del apóstol Pablo fue que “prediques la palabra” (2 Timoteo 4:2). Pablo no se avergonzó del Evangelio (Romanos 1:16), y ni se avergonzó de ser predicador del Evangelio (Romanos 1:15). Le dijo a Timoteo de la urgencia de hacerlo “a tiempo y fuera de tiempo,” esto es, cuando el mensaje fuera popular y cuando no lo fuera, cuando la gente lo quiera escuchar y cuando no lo quiera. El célebre evangelista, J.D. Tant, en una ocasión fue abordado en una estación de tren por un famoso predicador denominacional. El predicador le dijo a Tant cuánto dinero había hecho por la predicación de su doctrina denominacional. J.D. Tant respondió, “Delante de Dios, me raparía mi cabeza y me sentaría sobre huevos de zopilote de por vida antes de predicar lo que tu predicas.” Quizás Tant no estableció el principio tan elegantemente como lo hizo el apóstol Pablo, pero tenía la idea correcta.

Lo que dijo Pablo que debemos predicar es “la palabra,” o como Jesús lo dijo, “el Evangelio,” no nuestras opiniones, o las filosofías de los hombres, o los temas sociales de la época, o las teorías políticas. La verdad puede tener impacto sobre todas estas cosas, pero nuestro énfasis es declarar las buenas nuevas de Cristo y lo que significa para toda la humanidad. Pablo dijo, “Porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios” (Hechos 20:27). Judas exhortó a “que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3). Un hombre en una ocasión dijo, “El Evangelio no necesita defenderse.” Pablo no creía esto, porque dijo, “estoy puesto para la defensa del evangelio” (Filipenses 1:17). El apóstol Pedro declaró, “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas ... tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos” (2 Pedro 1:16-21).

Los predicadores fieles de la actualidad enfrentarán las mismas actitudes que enfrentaron los profetas del Antiguo Testamento. Algunos “apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas” (2 Timoteo 4:4). “No sufrirán la sana doctrina” (2 Timoteo 4:3), no obstante, debemos seguir hablando “lo que está de acuerdo con la sana doctrina” (Tito 2:1). “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; PERSISTE en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” (1 Timoteo 4:16, énfasis añadido).

Cuan hermosos son los pies

Nos encantan los predicadores fieles de la Palabra de Dios. Crecí rodeado de predicadores. He escuchado predicadores toda mi vida. He sido bendecido por los recuerdos de predicadores. Pablo dijo, “¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (Romanos 10:14; Isaías 52:7). Animamos a los predicadores de todo el mundo a proclamar la verdad, ha hablar con denuedo, como debemos hablar (Efesios 6:2), no agradando a los hombres (Gálatas 1:10), sino a “soportar las aflicciones” y a hacer “la obra de evangelista” (2 Timoteo 4:5). Imploramos al pueblo de Dios a “Acordaos ... de los que hablaron la palabra de Dios” (Hebreos 13:7), para mostrarles honor y respeto y apoyarlos cuando prediquen la verdad incluso si en ocasiones nos duele. Que la Palabra de Dios sea como “fuego ardiente” en nuestros huesos para que no podamos ocultar la verdad (Jeremías 20:7-9).

¡PREDIQUE LA PALABRA, HERMANO!

—Alan Highers
Spiritual Sword
Vol. 42 No.3
Al español
Jaime Hernández